

Si Venecia muere

SALVATORE SETTIS

T

TURNER NOEMA



Título:

Si Venecia muere

© Salvatore Settis, 2020

Edición original:

Se Venezia Muore © Salvatore Settis, 2014

Published by arrangement with The Italian Literary Agency

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2020

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: abril de 2020

De la traducción:

© Nuria Martínez Deaño, 2020

Diseño de la colección: Enric Satué

Ilustración de cubierta

Venice in an old post card.

© Sergio Delle Vedove / Alamy Stock Photo

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial

e-ISBN: 978-84-17866-98-3

DL: M-7754-2020

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

I	<u>Desmemoriada Atenas</u>
II	<u>Venecia sin pueblo</u>
III	<u>La ciudad invisible</u>
IV	<u>Hacia Chongqing</u>
V	<u>Retórica de los rascacielos</u>
VI	<u>'Forma urbis' y redención estética</u>
VI	<u>Cuánto cuesta Venecia</u>
I	
VI	<u>Paradoja de la conservación, _poética de la</u>
II	<u>reutilización</u>
IX	<u>Multiplicar Venecia</u>
X	<u>Supermercado de la historia</u>
XI	<u>La verdad del simulacro</u>
XI	<u>Márgenes</u>
I	
XI	<u>Derecho a la ciudad</u>
II	
XI	<u>'Capital cívico', _derecho al trabajo</u>
V	
X	<u>Astronaves de lo 'moderno'</u>
V	
X	<u>Venecia y Manhattan</u>
VI	
X	<u>La ética del arquitecto: Hipócrates y Vitruvio</u>
VI	
I	
X	<u>Venecia, una máquina para pensar</u>
VI	
II	

[Nota del autor](#)

[Notas](#)

I

DESMEMORIADA ATENAS

De tres maneras mueren las ciudades: cuando las destruye un enemigo despiadado (como Cartago, que fue reducida a escombros por Roma en el año 146 a. C.); cuando un pueblo extranjero las toma por la fuerza y echa a los autóctonos y a sus dioses (como Tenochtitlán, la capital azteca que los conquistadores españoles arrasaron en 1521 para después construir sobre sus ruinas Ciudad de México) o, por último, cuando sus habitantes pierden la memoria y, sin siquiera darse cuenta, se convierten en enemigos de sí mismos. Esto último fue lo que le sucedió a Atenas. Después de la gloria de la polis clásica, después de los mármoles del Partenón, de las esculturas de Fidias y de los acontecimientos culturales e históricos registrados por Esquilo, Sófocles, Eurípides, Pericles, Demóstenes o Praxíteles, perdió primero la independencia política (bajo los macedonios y bajo los romanos) y más tarde la iniciativa cultural; acabó perdiendo también toda memoria de sí misma.

Influidos por la historia simplificada del mundo clásico que aprendimos en la escuela, a menudo pensamos en una Atenas de blancos mármoles intacta a lo largo de los siglos, que volvió a florecer con un nuevo esplendor, como si hubiera despertado de un sueño, con la independencia política de Grecia en 1827. Pero no es así: cuando a finales del siglo XII el erudito Miguel Coniates, que venía de Constantinopla, fue nombrado obispo de Atenas, se quedó pasmado ante la tremenda ignorancia de los atenienses, que desconocían por completo las glorias de su propia ciudad y no sabían decirles a los forasteros qué eran los templos aún intactos ni podían indicarles dónde habían enseñado Sócrates.

tes, Platón o Aristóteles.

En aquella desmemoriada Atenas de la larguísima Edad Media, el Partenón se había convertido en una iglesia, con las paredes cubiertas de iconos y otras pinturas sagradas, en la que flotaban cánticos litúrgicos y olor a incienso. Más tarde fue catedral latina (tras la cruzada de 1204), repetidamente saqueada por los venecianos y los florentinos sin que sus habitantes levantasen un dedo para defenderla, sin que nadie levantara la voz para recordar su historia y su gloria. Cuando Atenas fue ocupada por los turcos en 1456 (y el Partenón-iglesia se transformó en mezquita), la ciudad había perdido hasta su nombre. Lo que quedaba de ella era un pueblo miserable, con cabañas diseminadas entre las ruinas, al que los habitantes, reducidos a unos pocos de miles, llamaban erróneamente *Satiné*, *Satines*, algo que, por ejemplo, nunca ocurrió con el nombre de Roma. Pero el olvido de sí mismos de los atenienses había comenzado mucho antes: ya hacia el 430 d. C. el filósofo neoplatónico Proclo, que vivía cerca de la Acrópolis, cuenta haber visto en sueños a Atenas, la diosa del Partenón, quien, expulsada del templo, le pedía que la acogiera en su casa. Este sueño nostálgico expresa muy bien no solo el fin de una religión y de sus monumentos, sino el ocaso de una cultura y de su autoconciencia.

Como le ocurre a quien pierde la memoria, también las ciudades, cuando están aquejadas de amnesia colectiva, tienden a olvidar su dignidad. Si algo queda de su antiguo espíritu, este busca refugio en otro lugar (por ejemplo, en el caso de Atenas, en Constantinopla y después, en Moscú o en el humanismo italiano). Hoy hemos olvidado que incluso Atenas llegó a olvidarse de sí misma, pero es conveniente recordar la oscuridad de esa desmemoria si no queremos que esa misma dolencia nos aflija también a nosotros. Las tinieblas del olvido no caen sobre las comunidades de repente, sino que lo hacen poco a poco, de manera lenta e inconstante, como un telón que titubea. Para que el telón

baje hasta el final, para que envuelva todas las cosas en una noche informe, no es necesaria ninguna conspiración: basta la indiferencia. Por eso es importante, como lo es para la salud mental y física de cada uno de nosotros, tratar cualquier síntoma de desmemoria en cuanto aparezca, intentar ponerle remedio enseguida.

En estos años violentos y corruptos se ha puesto de moda repetir como una jaculatoria que “la belleza salvará al mundo”. Son palabras que Dostoievski pone en boca del príncipe Mishkin, protagonista de *El idiota*, y que en Italia se citan cada vez con más frecuencia como un mantra consolador (y absolutorio), y siempre fuera de contexto. “¿Qué clase de belleza será la que salve el mundo?”, le pregunta a Mishkin el joven Hipólito, y añade: “la causa de que tenga ideas tan curiosas es que está enamorado”. Porque “la belleza es un enigma”, aunque la de Aglaya Ivánovna “podría revolucionar el mundo”. Para Mishkin la belleza es un estado de gracia, “un extraordinario refuerzo de la conciencia de sí”, hecho de “belleza y oración”, el estado alterado de conciencia que siente justo antes de sufrir un ataque epiléptico (“Sí, por ese momento se puede dar la vida entera”). La belleza de la que habla Mishkin está, por lo tanto, por encima de nosotros, es algo a lo que nos encomendamos; enamoramiento u oración, “éxtasis devoto que me sumerge en la más alta síntesis de la vida”.

Otra cosa es la belleza de las ciudades y de los paisajes – horizonte tangible en lugar de contemplación visionaria–, que no es patrimonio del individuo sino de las comunidades, que no está hecho de iluminaciones repentinas, sino de una trama continua de proyectos, miradas, gestos, saberes y memorias. No está por encima de nosotros; más bien somos parte esencial de ella, porque un mismo aire y una misma sangre mancomunan los monumentos del arte, de la naturaleza y de la historia con aquellos que los han creado y con quienes los custodian y los habitan; experiencia viva de hombres y mujeres de nuestro tiempo, que son –que so-

mos— paso y bisagra entre las generaciones del pasado y las venideras. La belleza suprema de Atenas no la salvó del olvido de sí misma ni de los saqueos y las destrucciones que vinieron después. No impidió que los Acciaiuoli, florentinos duques de Atenas, convirtieran los Propileos en una residencia fortificada (alrededor de 1403); tampoco que los turcos utilizaran el Partenón como un depósito de pólvora, ni que el veneciano Francesco Morosini lo batiera a cañonazos e hiciera saltar por los aires una gran parte (el 26 de septiembre de 1687; hoy se pueden ver más de setecientos cañonazos en los mármoles de Pericles y de Fidias).

Si miramos a nuestro alrededor, si observamos nuestros paisajes y nuestras ciudades, vemos que encomendarse a la belleza no es suficiente (nunca lo ha sido); no basta con pedirle a la belleza una salvación milagrosa y automática, absolviéndonos a nosotros mismos de cualquier responsabilidad. Al contrario, si queremos que quede algo de belleza para nosotros y para cuando ya no estemos, esta se ha de cultivar todos los días. La belleza no salvará nada ni a nadie si no sabemos salvar la propia belleza. Y, con ella, la cultura, la historia, la memoria, la economía. La vida, a fin de cuentas.

II

VENECIA SIN PUEBLO

El eclipse de la memoria se cierne sobre todos nosotros, amenaza la convivencia cívica, atenta contra el futuro, quita aire al presente. Si la ciudad es la forma ideal y típica de las comunidades humanas, Venecia es hoy, y no solo en Italia, el símbolo supremo de esta densidad de significados, pero también de su decadencia. Si Venecia muere, no será por la crueldad de un enemigo ni por la irrupción de un conquistador, se deberá sobre todo al olvido de sí misma. Para una comunidad de nuestro tiempo olvidarse de sí misma no solo significa olvidar su propia historia o caer en una negligente dependencia de la belleza, que, si se da por descontada, se vive como un exangüe ornamento en el que buscar consuelo. Significa ante todo la falta de conciencia de algo que es cada vez más necesario: el papel específico de cada ciudad respecto al resto de ciudades, su unicidad y su diferencia, virtud que Venecia posee por encima de ninguna otra ciudad del mundo. Cada ser humano se caracteriza por lo que tiene de irrepetible, algo que solo puede mostrar y capitalizar si compite con los talentos y las experiencias de otros, y a las ciudades les ocurre lo mismo: en la infinita variedad de sus vivencias históricas, de su forma urbana, de sus lenguajes arquitectónicos, de los materiales con los que se ha construido, de los paisajes en los que se ubica, cada ciudad es única y, como tal, es vivida y amada por sus habitantes. Y sobre este patrimonio debería construir su futuro. Pero cada ciudad es también *representativa* de un desarrollo particular, que extrae su sentido, su fuerza y su destino del juego de las semejanzas y diferencias con otras ciudades.

Todas las ciudades son fruto de una gran cantidad de de-

cisiones tomadas en el transcurso del tiempo y que, en cada encrucijada de su historia, podrían haber sido distintas. Por eso, toda ciudad contiene otras ciudades: las ciudades que ha sido y que le han dejado huellas más o menos profundas y también las ciudades potenciales que habría podido ser y no fue y que quizá se ven representadas, por semejanza o afinidad, en otras ciudades. La trama física de la ciudad y la morfología de su emplazamiento forman un todo con la urdimbre de sus instituciones, de los acontecimientos de los que fue y es escenario, de los proyectos y las esperanzas que albergó y que aún podría cumplir. El sucederse de las generaciones que han tejido esa trama y esa urdimbre es consustancial a estas, las genera y las ha generado.

En la Italia de las cien ciudades * - la forma urbana ha nacido y renacido muchas veces: en las ciudades griegas y etruscas, en Roma y sus territorios, en una larga y fecunda Edad Media y en una espectacular sucesión ininterrumpida desde el Renacimiento hasta ayer. Se ha renovado profundamente, pero conservando y reutilizando murallas, recorridos, templos, puentes seculares; firmes vestigios de un pasado demasiado rico como para ser ignorado. Por eso, en bastantes ciudades italianas todavía hoy se pueden reconocer o imaginar calles parecidas o idénticas a aquellas por las que caminaron Virgilio, Dante o Ariosto. Si viajamos con la mente desde los Alpes a Sicilia, reconocemos una variedad incomparable de maneras de vivir la ciudad, que se han encarnado no solo en los edificios, las iglesias y las plazas, también en instituciones y en prácticas de gobierno, desde el reinado de Nápoles hasta las repúblicas de Génova y de Venecia. Y en ese variado escenario de ciudad se desarrolló durante generaciones un cuidadoso pensar y repensar la naturaleza de la ciudadanía, leyendo el presente a contraluz del pasado. Sabemos distinguir una vista de Palermo o de Nápoles de otra de Génova o de Venecia. Sin

embargo, en esa variedad sensacional percibimos un hilo de unión italiano que, por ese mismo juego de diferencias y semejanzas, encuentra ecos de los poetas sicilianos en los versos del toscano Dante, y en las páginas del lombardo Manzoni muestra la base toscana que tiene la lengua literaria. Continuidad en el tiempo y variedad en el espacio son los dos polos entre los que se mueve la historia de la ciudad –es decir, de la civilización– italiana; una historia que incluye la industria y las artes, la música y la poesía, el cultivo de los campos y la miniatura de los manuscritos, el oficio de arquitecto y el de médico. En este juego de constantes y de variables, lo que es especialmente reconocible de la forma urbana “italiana”, que se ha convertido en un prototipo para gran parte del mundo, es la polaridad campo-ciudad, que vuelve a proponer cada vez de una manera diferente el contraste primigenio entre espacio natural y espacio urbano, entre orden de la naturaleza y orden de la cultura.

Por eso, cada ciudad es una narración viva de su propia historia, pero también es el rostro y la traducción en piedra del pueblo que la habita, la conserva y la transforma. La ciudad y su pueblo son una única cosa, un único nudo ata la experiencia de los vivos y la memoria de las cosas. Pero ¿cuál es el pueblo de Venecia? Custodiado por las glorias de aquella ciudad *Nobilissima, et singolare*, como titulaba su libro Francesco Sansovino (1581), ¿el pueblo de Venecia sabe custodiar el corazón y la esencia de la ciudad?

El territorio del municipio de Venecia, según su actual división administrativa, incluye una amplia área de tierra firme, de la que forman parte Marghera, Mestre y otros lugares; entre ellos, el aeropuerto de Tesserà. En las últimas décadas, la población se ha ido desplazando hacia esas zonas, especialmente las generaciones más jóvenes. A pesar de este movimiento interno, entre 1971 y 2011 la población ha descendido en toda la región en más de cien mil habitantes (de 363.062 a 263.996). Pero si nos ceñimos a la población

residente en el centro histórico, las cifras son mucho más dramáticas:

1540	129.9 71
1624	141.625
1631 (después de la peste de 1630)	98.000 (aprox.)
1760	149.476
1797 (año de la caída de la República)	137.240
1871	128.787
1951	174.808
1961	137.150
1971	108.426
1981	93.598
1991	76.644
2001	65.695
2012 (30 de junio)	58.606
2013 (21 de octubre)	57.539
2014 (30 de junio)	56.684 **

Como vemos, en los últimos seis siglos solo en una ocasión Venecia sufrió una caída de la población comparable a la de hoy, y fue por la peste de 1630; tuvo que pasar un siglo para que se recuperara el nivel anterior. Igualmente devastadora –aunque los datos son menos fiables– fue la peste de 1348, tras la cual se calcula que se produjo un descenso de la población de aproximadamente 120.000 habitantes a 58.000, algo más que ahora.

Desde la década de 1970 una nueva peste asedia Venecia. En 1950 se produjeron en la ciudad 1.924 nacimientos frente a 1.932 muertes (más o menos equilibrado). En el año 2000, las cifras cambian completamente y dejan un rotundo saldo negativo: 404 nacimientos frente a 1.058 muertes. El envejecimiento y el éxodo de los residentes, la desmembración de las familias, una baja natalidad y una contracción continua del crecimiento de la población trazan el cua-

dro de una ciudad que huye de sí misma. Es entendible, pues, que en la farmacia Morelli, situada en el Campo de San Bartolomeo, hayan instalado un contador que marca diariamente el número de habitantes de Venecia, en caída constante. Quien se ha ocupado de esta dramática cuenta atrás no ha sido una institución pública, sino un grupo de ciudadanos, entre los que está Matteo Secchi, que ha afirmado que "pronto celebraremos el funeral de Venecia y llevaremos el ataúd en cortejo fúnebre hasta el ayuntamiento". Por si fuera poco, los venecianos que viven en el centro histórico, como ha escrito el economista Francesco Giavazzi, "no eligen a su alcalde porque los ciudadanos de Mestre (la tierra firme del municipio) los triplican en número".

¿Quién es, pues, el pueblo de Venecia? ¿Cuál es la peste que lo está exterminando? Mientras la ciudad se vacía, desembarcan en ella ricos y famosos dispuestos a pagar un precio altísimo por una casa- *status symbol* que usarán cinco veces al año. Este trasvase de población distorsiona el mercado inmobiliario, creando un sistema de precios que expulsa a los venecianos de su ciudad y la convierte en la capital de los ectoplasmas con segunda residencia que se dejan caer por allí con gran pompa y boato para después desaparecer durante meses. Mientras, por las calles y los canales de Venecia deambulan cada año en torno a treinta millones de turistas, en un lugar con una "capacidad de carga" máxima de doce millones. ¹ En otras palabras, por cada residente que vive de manera permanente en Venecia, hay más o menos seiscientos visitantes volátiles. Esta devastadora desproporción produce el mismo efecto que una bomba: altera profundamente la demografía y la economía. Hoy domina Venecia la monocultura del turismo que exilia a los nativos y supedita la supervivencia de los que se quedan y de la propia ciudad casi únicamente al servilismo: lo único que parece capaz de hacer Venecia es abrir

bed & breakfast, restaurantes, hoteles, agencias inmobiliarias, tiendas de productos "típicos" (desde el cristal a las máscaras), organizar carnavales falsos y crear, con melancólico artificio, un ambiente de perpetua fiesta de pueblo. De esa forma, destierra de la conciencia la peste que diezma su tejido social, su cohesión y su cultura cívica.

Sin embargo, continúa imperando la monocultura del turismo que vacía Venecia de venecianos; tanto es así que ni siquiera las dos mil cuatrocientas estructuras hoteleras bastan para saciar los apetitos: si no se consigue detener el plan de recalificaciones de la Región de Véneto, estas estructuras podrán llegar a cincuenta mil en el centro histórico, lo que equivaldría a prácticamente todo el centro. ² Solo en el Gran Canal, "calle" particular de una ciudad particular, desde el año 2000 han cerrado la Delegación Provincial de Educación, el Consejo Nacional de Investigación (CNR, por sus siglas en italiano), varias oficinas judiciales, las oficinas de la empresa pública de transporte, el consulado alemán y la sede de Mediocredito, además de una veintena de parcelas catastrales, ambulatorios y almacenes. En su lugar, han abierto dieciséis hoteles nuevos (más de uno al año; once desde 2007), con un total de 797 camas; de las cuatro obras en curso, dos son hoteles de lujo cuya apertura está prevista para antes de Navidad; los otros dos, que finalizarán en 2016, también son hoteles. ^{***} Muere la confluencia de funciones de la ciudad histórica para dejar paso a la monocultura turístico-hotelera.

Pero el pueblo de Venecia no es el de los turistas y tampoco el de aquellos más cuidadosos que pasan unos cuantos días o semanas en la ciudad. Ni es de la horda de propietarios de segundas, terceras y cuartas residencias en las que no viven. Ni unos ni otros pueden ser lo que los habitantes son para una ciudad: la sangre que circula por sus venas, que son las calles y las plazas; el guardián y el artífice de la memoria; una comunidad que identifica la forma física de la

ciudad y su razón ética, *le pietre e il popolo* [las piedras y el pueblo], como decía el título de un libro de Tomaso Montanari. ¿El pueblo de Venecia puede seguir hoy siendo el grupo, cada vez más exiguo, de los residentes, a quienes se podría comparar con los supervivientes de una deforestación? Podría serlo, pero únicamente si no dejamos solos a aquellos que están comprometidos con el “orgullosa y desesperado intento de sobrevivir mientras su ciudad es invadida, de manera constante y cotidiana, por millones de extranjeros que no pueden hacer ninguna inversión verdadera en ella”.³ Venecia corre el riesgo de quedarse sin población en poco tiempo. Si no queremos que esto suceda, nosotros también debemos convertirnos en el pueblo de Venecia, en guardianes de su belleza y de su memoria; nosotros también debemos pensar en su futuro. Tenemos que hacerlo en nuestras escasas visitas, pero sobre todo rindiéndole el homenaje que nos requiere: una profunda reflexión sobre la *forma urbis* (“forma-ciudad”) de la que Venecia es el máximo exponente, sobre el estilo de vida (y de ciudadanía) que representa, sobre la necesidad de elaborar un proyecto para que la sangre –el pueblo– vuelva a insuflar vida a sus venas. Tenemos que hacerlo, porque al pensar en Venecia también podremos comprender cosas de las otras ciudades, de aquellas en las que vivimos; de su sentido y de su destino, que es el nuestro.

* N. de la T.: La expresión “país de las cien ciudades” se ha utilizado en numerosas ocasiones para describir Italia.

** N. de la E.: En diciembre de 2019 la cifra de habitantes del centro histórico de Venecia era de 52.996 (Comune di Venezia - Servizio Statistica e ricerca su dati Anagrafe Comunale, 2019).

*** N. de la E.: Los datos corresponden al año 2014.